



Jornadas de Estudios Clásicos y Medievales “Diálogos Culturales”

***Ora et labora*: los jardines monacales en el Alto Medioevo**

Adriana Mabel Martínez
Universidad de Buenos Aires
martinezdileo@fibertel.com.ar

Resumen

El huerto-jardín en el Alto Medioevo manifiesta la capacidad humana para domesticar una naturaleza salvaje y hostil y para transformarla en un lugar apacible, acogedor. Tanto en el ámbito citadino en las casas privadas, como en el ámbito rural en los monasterios, en estos recintos se cultivaban variados vegetales, legumbres, árboles frutales y también flores, ya sea para el consumo como para la delectación. Ahora bien, nuestra propuesta se centrará en los huertos-jardines que integraban la estructura monástica en cuanto espacios privilegiados en donde se pone en acto la consigna que sustenta la Regla de san Benito, el *ora et labora*. Para ello analizaremos un plano realizado en el período carolingio, conservado en la abadía benedictina de Saint-Gall. Este documento icónico nos permitirá acercarnos virtualmente a los espacios abaciales ya que el paso del tiempo y los sucesivos actos de vandalismo y de pillaje destruyeron total o parcialmente la arquitectura monacal alto medieval. Plano “ideal” que da cuenta de los conocimientos teórico-prácticos sobre la agricultura y la horticultura pero que además nos acerca la concepción filosófica-teológica de la época.

Palabras Clave: jardines - monasterio – alto Medioevo

“La ociosidad es enemiga del alma; por eso han de ocuparse los hermanos a unas horas en el trabajo manual, y otras, en la lectura divina”, así comienza el capítulo XLVIII

de la Regla de Benito.¹ Es interesante analizar esta frase en cuanto a partir de una proposición lapidaria que es casi un imperativo categórico -la pereza es un adversario del alma- se propone a continuación una acción, el trabajo hecho con las manos y la *lectio divina*. Esta postura respecto a la actividad manual tiene su antecedente en la tradición monástica oriental donde el trabajo manual cumplía tanto una función económica como una función ascética ya que solventaba las necesidades materiales de la comunidad y desarrollaba en sus miembros la virtud de la humildad. En cuanto al horario, la Regla explicita que el trabajo manual debía ocupar siete horas y la lectura tres horas en el período estival, en tanto que en invierno se acortaba el período del trabajo y se aumentaba el tiempo de lectura. Ahora bien, dentro del trabajo manual nos ocuparemos aquí del trabajo de la tierra que se plasma en los huertos y jardines que integran la estructura monástica, en el Alto Medioevo.

Este período es especialmente relevante pues cuenta con conocimientos técnicos que se transmitieron a lo largo de las generaciones y con fuentes botánicas y de geopónica tradicionales como las obras de Varón, Catón, Columella o bien las de Plinio o Gargilio Marziale, así como los textos de Virgilio, Ovidio y Claudiano que desde una perspectiva literaria abordan el tema de los huertos y los jardines. En el Alto Medioevo el huerto-jardín es un buen ejemplo del esfuerzo del hombre para transformar una naturaleza difícil en un lugar habitable y productivo. En el ámbito citadino o en el mundo rural, ya sea en las casas privadas, ya sea en los dominios comunales o también en los monasterios, se cultivaban una gran variedad de vegetales, de legumbres y de árboles frutales tanto para alimento de la población como para uso medicinal y también flores para la delectación. Sin embargo, es de los huertos y de los jardines monásticos que poseemos mayor documentación lo que los convierte en fuentes preciadas para conocer los hábitos alimentarios, los conocimientos médicos de la época y sobre todo para acceder a su función formativa y a su carácter espiritual. Los primeros jardines monásticos se organizan en los monasterios irlandeses donde se refugió la cultura greco-latina y la ciencia de los *topiarii* romanos durante las invasiones bárbaras. De allí que, en las grandes abadías ubicadas en los actuales territorios

¹ *La Regla de San Benito*, Madrid, Biblioteca de Autores Cristianos, 2000. En: www.monteben.com/regla-de-san-benito.pdf [Consulta septiembre 2015]. La *Regula sancti Benedicti*, un breve texto escrito hacia los años 530-560 en latín vulgar, consta de setenta y tres capítulos precedidos por un prólogo. La regla presenta un plan coherente, más allá de algunas incongruencias, para organizar una comunidad monástica. La tradición se la atribuye a Benito de Nursia aunque en ella se rastrean ideas y también frases literales tomadas de reglas anteriores, de las *Institutiones cenobiticas* redactadas por Juan Casiano (c.420-424) y especialmente de la anónima *Regla del Maestro* (c. 500-530). Cf. Heck, Christian, *L'échelle céleste dans l'art du moyen âge*, Paris, Flammarion, 1997, p.56. Lawrence, C. H., *El monacato medieval. Formas de vida religiosa en Europa Occidental durante la Edad Media*, Madrid, Gredos, 1999, pp. 39-43.

germano-suizo que siguieron en un principio la regla irlandesa de san Columbano, como Reichenau y Saint-Gall, se desarrolló la cultura hortícola durante el período carolingio.²

Ahora bien, analizaremos aquí un texto icónico, un plano realizado en el período carolingio, conservado en la abadía benedictina de Saint-Gall. Este documento nos permitirá abordar la estructura espacial de los complejos abaciales puesto que, en algunos casos por la precariedad de los materiales constructivos pero especialmente por el embate destructivo de las llamadas segundas invasiones, la arquitectura monacal alto medieval fue destruida total o en el mejor de los casos parcialmente.

En el período carolingio hay un interés creciente por los jardines. De hecho en una de las *Capitulares*, la *De Villis imperialibus*, del año 812 se enumera en el capítulo LXX la flora más usual que comprende ochenta y ocho vegetales, los cuales se utilizaban en la dieta alimenticia y en medicina. Pero quizás las obras más importantes sean las de Rábano Mauro, especialmente el *De universo*, y la de Walafrido Estrabón quien inspirado en la poesía y en la mitología latinas, en su *Liber de cultura hortorum sive Hortulus* describe las plantas cultivadas en los monasterios y presenta al jardín como un espacio de búsqueda de nuevas posibilidades en los cultivos, como por ejemplo el manejo de especies salvajes y también como un lugar de descanso y de ascético placer para los monjes.³ Es en este ambiente intelectual en donde se concibe el denominada plano de Saint-Gall.

El plano datado en el primer tercio del siglo IX está inspirado por la regla benedictina e íntimamente relacionado con la reforma llevada a cabo por Benito de Aniano. Esta reforma es el resultado de un proceso que se inicia cuando, luego de la muerte de san Benito en 547, se acrecientan los monasterios que siguen su regla tanto en territorio itálico como en Galia, Germania y en los países anglosajones. Hacia el siglo VIII se da una importante diversidad de prácticas y de observancias lo que produce una reacción por parte de la jerarquía eclesiástica. En la Galia, puntualmente, en tiempos de Pipino el Breve, el primado Chrodegang organiza la vida monástica de su catedral de Metz de acuerdo con una *Regula canonicorum*. Esta regla fue uno de los aportes más

² Cf. Beck, Bernard, "Jardin monastique, jardin mystique. Ordonnance et signification des jardins monastiques médiévaux", en *Revue d'histoire de la pharmacie*, 88e année, N. 327, 2000, pp.378-379.

³ En este texto Walafrido Estrabón se refiere a veinticuatro plantas, catorce de las cuales figuran en el plano de Saint-Gall, de manera laudatoria: "Le lys et la rose./ Ces deux inestimables fleurs en effet/ Symbolisent pour l'Éternité les palmes glorieuses de l'Église./ Les martyrs cueillent dans leur sang les bouquets de roses/ Et tiennent les lys dans l'innocence de leur foi triomphante./ O Vierge, Mère d'une féconde progéniture,/ Tige d'inébranlable foi, promise spirituelle de l'époux./ Fiancée, colombe, asile, reine, amie fidèle,/ Cueille les roses par le combat, prends les lys par la paix bienheureuse./ La fleur t'est destinée par le rejeton de l'arbre royal de Jessé./ L'unique redresseur et rédempteur de l'antique souche./ Lui qui a consacré les lys éclatants par son verbe et par sa vie./ Empourprant les roses par sa mort". Citado en: *Ibidem*, p. 382.

importantes para la reforma monástica. Unos años más tarde los abades del imperio, convocados por Benito de Aniano, se reunieron en Aquisgrán en dos sínodos, en 816 y en 817, buscando enfrentar las prácticas abusivas o incluso objetables de las comunidades cenobíticas y unificar y reglamentar el funcionamiento de los monasterios además de, restaurar y construir edificios apropiados.

El plano, una verdadera síntesis de los sínodos reunidos en Aquisgrán, fue elaborado por Haito, abad de Reichenau entre los años 806 y 823 y obispo de Basilea desde el 802 hasta el 823, y enviado a Gozbert. Este abad de Saint-Gall, desde el año 816 al año 836, debía realizar la reconstrucción del monasterio que había sido parcialmente destruido por dos incendios. El plano fue concebido como un modelo paradigmático según informa la dedicatoria: “Te he enviado, estimado Hijo Gozbert, este modesto ejemplo de la distribución de las edificaciones monásticas, para que puedas ejercitar tu espíritu con él...”. Los relevamientos arqueológicos revelaron que Gozbert siguió buena parte de los consejos de su maestro, especialmente en la parte oriental de la iglesia abacial construida a partir del 830, aunque sus sucesores se alejaron del esquema. Se cree en la actualidad que Haito se inspiró en la organización espacial de un monasterio benedictino del siglo VII ubicado en Canterbury. Cabe consignar que este plano se conservó, pues en el siglo XII se copió sobre su reverso la *Vida de San Martín* de Sulpicio Severo; el documento fue doblado en dieciséis partes y colocado bajo la custodia bibliotecaria del monasterio de Saint-Gall. En 1604 el rector de la Universidad de Ingolstadt informó por primera vez sobre el plano. Unas décadas más tarde, en 1683, Jean Mabillon uno de los historiadores más importantes de la orden benedictina, reconoció la importancia del documento y realizó un análisis exhaustivo con lo que inició una bibliografía que continua enriqueciéndose hasta nuestros días.⁴

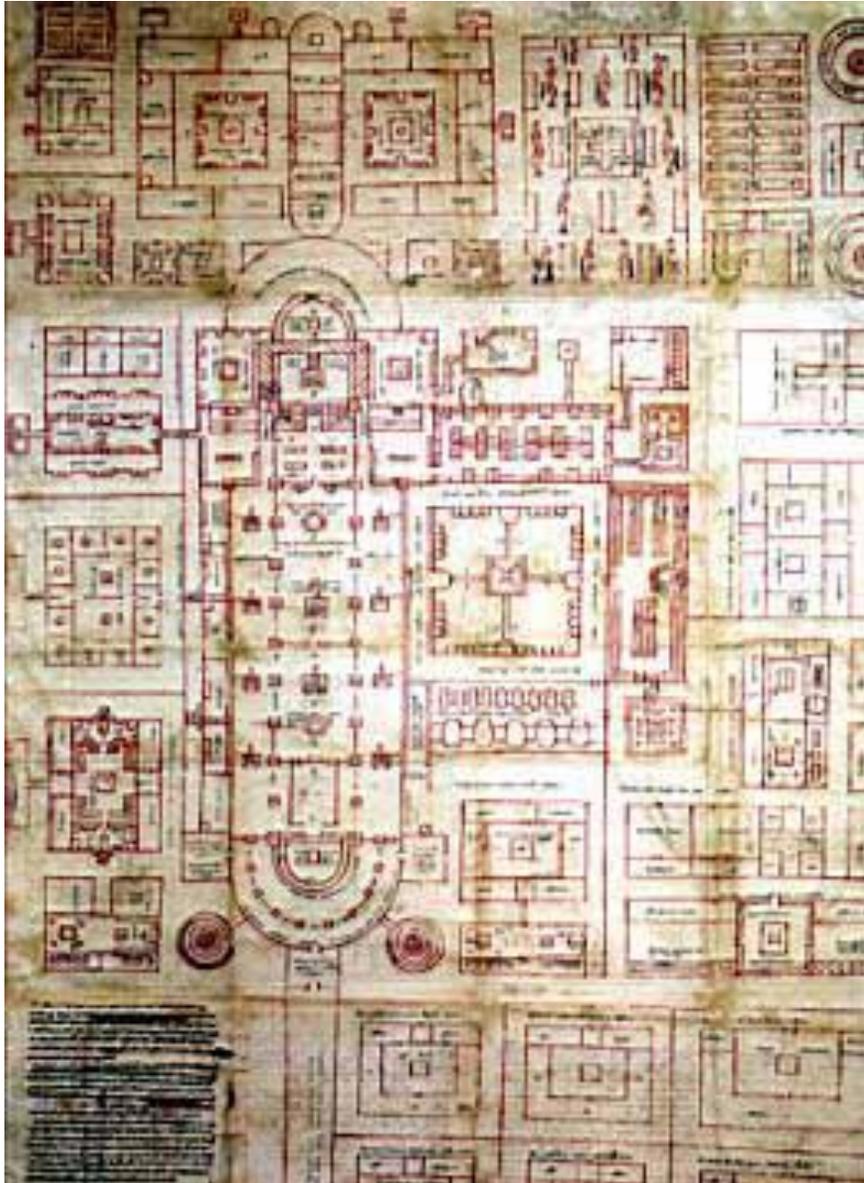
El soporte del plano de 77,5 x 112 centímetros, lo constituyen cinco pergaminos cosidos unos con otros de una cuidada textura. Los contornos de cincuenta edificaciones están dibujados con tinta rojiza en tanto que las numerosas inscripciones en latín, incluso algunas en verso, que aparecen en él están escritas con tinta marrón oscuro y marrón claro. Su estructura da cuenta con cierta aproximación de los espacios monásticos de la época ya que su autor indica las medidas del cenobio concebido para una comunidad de

⁴ Cf. Heitz, C.; Vogler, W.; Heber-Suffrin, F., *Le Rayonnement spirituel et culturel de l'abbaye de Saint-Gall*, Centre de Recherches Sur l'Antiquité Tardive et le Haut Moyen Âge, Université de Paris X- Nanterre, 2000, p. 5.

alrededor de un centenar de monjes, el destino de los distintos edificios, algunas referencias al mobiliario y también los nombres de los árboles de los jardines.⁵

En el plano aparecen varios jardines: un jardín de plantas medicinales, un huerto destinado a proveer parte de la alimentación de los monjes, un vergel para el esparcimiento y el reposo que es a la vez cementerio y un jardín claustral del que nos ocuparemos ahora (Figura Plano Saint-Gall, folio recto).

⁵ Cf. Braunfels, Wolfgang, *La arquitectura monacal en Occidente*, Barcelona, Barral Editores, 1975, pp.57, 58, 59. Heitz, Carole, "Monastique (architecture)", "Saint-Benoît et l'époque précarolingienne". En: http://www.universalis.fr/encyclopedie/M121191/MONASTIQUE_ARCHITECTURE.htm [Consulta: noviembre 2015]. La farmacopea medieval se divide en seis registros que se corresponden con seis estados patológicos: las plantas contra las fiebres, las plantas femeninas, las plantas que curan llagas y heridas, las purgas, las plantas contra los dolores de vientre y las utilizadas contra los venenos. Cf. Beck, Bernard, op. cit., p. 384.



En cuanto al jardín de plantas medicinales, el *herbolarius*, está ubicado al noreste junto a la enfermería y la casa del médico ya que el herborista, en el monasterio, cumplía una doble función, la de médico y la de farmacéutico. El más pequeño de los jardines del plano, de forma cuadrada, está constituido por ocho planchas laterales adosadas a los muros y ocho platabandas centrales separadas por anchos senderos. En cada uno de estos dieciséis rectángulos se indica el nombre de cada planta: salvia, jaramago, berro, ruda, comino, gladiolo, apio de monte, poleo, pulicaria, hinojo, haba, ajedrea de los

jardines, menta gallo, alholva, romero, menta, lirio, rosa. Todas ellas son particularmente utilizadas en la farmacopea medieval y muchos de estos ejemplares son mencionados en la *Capitular de villis*, sin embargo la mitad de las plantas citadas en el plano no aparecen en el texto de Estrabón.⁶ Si bien luego de la caída del imperio romano los conocimientos médicos fueron conservados en la gran abadía benedictina de Monte Cassino, la mayoría de los monjes poseían un cierto conocimiento de las virtudes medicinales de las plantas. De hecho en la época se creía que la misma planta, por su forma y sus características, indicaba las afecciones que podía curar. Una herbácea como la pulmonaria de hojas ovales verdes con manchas blancas, evocaba los alveolos de los pulmones por lo que se utilizaba como medicina pectoral, o el cardo, de hojas grandes y espinosas, como calmante para los ardores.

Esta creencia, llamada “Doctrina de firmas”, presente ya en el mundo griego pasa al medioevo donde, además llegaban a darle a las plantas un nombre religioso o tomado de la hagiografía como Escalera de Cristo o Sello de Salomón. Más allá de estas contingencias, los monjes veían en ellas un signo de Dios en cuanto las cosas no son importantes en sí mismas sino porque remiten a una realidad superior, una realidad espiritual. En este jardín, además, se evidencia el interés por una simbología numérica pues la suma de las planchas cultivadas, dieciséis, el cuadrado de cuatro, remite a la perfección divina y refuerza la capacidad sanadora.⁷

Al sudeste se encuentra el huerto, el *hortus*, destinado a proveer la alimentación de la comunidad monástica. En el plano aparece dibujado un rectángulo con dieciocho planchas repartidas simétricamente, nueve de cada lado de un largo corredor central; esta distribución se corresponde con una de las indicaciones de Columella respecto a la necesidad de abrir sendas entre los cultivos para que el hortelano pueda desmalezarlos sin destruir los pequeños plantines.⁸ Este ámbito está acompañado de una inscripción que alude a su función: “Aquí maduran las legumbres que crecen de manera magnífica”, así como de los nombres de los vegetales que deben cultivarse, entre ellos cebollas, ajos, puerros, chalotes, apio silvestre, perejil, coriandro, perifollo, eneldo, lechuga, adormidera, ajedrea, rábano negro, chirivía, magones, repollos, acelgas, comino negro. Los vegetales, especialmente las leguminosas, eran sumamente importantes en cuanto aportaban

⁶ Se conocen desde la Antigüedad importantes tratados sobre las propiedades de las hierbas aromáticas y la obtención de los *simples*, las esencias vegetales o animales de las que se obtenían las sustancias curativas, según la medicina galénica. Cf. Aliata, Fernando; Silvestri, Graciela, *El paisaje como cifra de armonía*, Buenos Aires, Ediciones Nueva Visión, 2001, p. 31.

⁷ Op. cit., Beck, Bernard, pp. 385-386.

⁸ Op. cit., Haudebourg, Marie-Thérèse, p. 106.

proteínas a la alimentación de los monjes que era sobre todo vegetariana. Sin embargo en el plano no aparecen algunas, como las arvejas que forman parte de la dieta cotidiana e incluso son citadas en la capitular *De villis*, por lo que se cree que no se cultivaban dentro del recinto monástico sino en los campos circundantes. En cuanto a algunas verduras como nabos, puerros, cebollas, chalotes o ajos eran utilizados frecuentemente en los potajes que consumían los monjes como también los campesinos.⁹ En este *hortus* también el número, las dieciocho planchas, es decir un múltiplo de tres, cumple una función simbólica.

Entre el claustro de los novicios y el huerto se encuentra el vergel para el esparcimiento y el reposo que coincide con el espacio del cementerio como en el *viridarium* romano en donde se conservaban las urnas funerarias de los ancestros. En este vergel y cementerio de forma rectangular aparecen escritos, entre las catorce estrechas tumbas de los hermanos, los nombres de trece árboles que deben plantarse: manzano o peral, ciruelo, serbal, muérdago, laurel, castaño, higuera, membrillo, duraznero, avellano, almendro, morera y nogal. Estos árboles tienen una gran carga simbólica pues para la concepción cristiana, de la muerte brota la verdadera vida, así sus raíces se hunden en las profundidades de la tierra hasta el reino de los muertos en tanto sus frondas tocan el reino de los cielos y sus frutos remiten al árbol de vida. Puntualmente el manzano, el árbol asociado al pecado original, está ubicado en el ángulo sudoeste, desplazado de la centralidad. Por otra parte en el centro de este espacio aparece dibujada una gran cruz, el Árbol de la salvación, alrededor de la cual están escritos los siguientes versos: "Entre los árboles del campo el más santo es la cruz, del cual los frutos de la salvación dan su perfume", y puntualmente en la parte superior e inferior de la cruz se lee: "Yazcan en derredor de esta cruz los cuerpos de los hermanos difuntos y alcancen por su irradiación el reino celestial".¹⁰ Cruz y árbol, dos vocablos que se enlazan en la traducción griega de la *Biblia* donde la palabra que designa la cruz significa árbol erguido. En este espacio que aúna el vergel con el cementerio se enfatiza aún más el profundo sentido simbólico en cuanto el césped que cubría las tumbas representaba la hierba del paraíso, así como los árboles con sus respectivos regímenes estacionales remitían a la resurrección. Muerte y renacimiento recordados a través de la imagen del jardín. Aquí, además, como en los otros jardines, aparecen ciertas cifras: trece árboles, una cruz,

⁹ Cabe acotar que en la mesa monástica además aparecen el pan y el vino, alimentos que cumplen una función nutricional y también eucarística. Cf. op. cit. Heck, Bernard, p. 380.

¹⁰ "Inter ligna soli haec scissima crux/ In qua pp̄uae poma salutis olent/ Qua radiante iterum Regna polj accipiant/ Hanc circum iacent defuncta cadaura frmm". Citado en: op. cit. Braunfels, Wolfgang, pp. 57-58.

catorce tumbas que sumadas dan veintiocho, el segundo de los llamados números perfectos, lo que subraya el carácter paradigmático de este plano que no sólo apunta a la organización conventual sino también a una cosmovisión espiritual.¹¹

Sin embargo el centro conceptual del complejo monacal es la iglesia y el claustro. En el plano aparece indicada una amplia vía que comunicaba el ingreso al complejo con el acceso a la iglesia; allí el autor colocó la siguiente inscripción: “Esta es la vía de los rebaños al sacro templo, donde ofrecen sus oraciones, de donde regresarán felices”.¹² Junto a la iglesia abacial, en el lado sur, está adosado el claustro. A él se accedía por una única entrada situada en el locutorio de los monjes, que en el plano lleva la siguiente inscripción: “entrada y salida del claustro, en donde se habla con los huéspedes y se realiza el *mandatum* o lavatorio”;¹³ allí a cada visitante, como prescribe la Regla, se le lavaban los pies mientras se cantaba: “Os doy una nueva ley: que os améis mutuamente...”. El claustro, de forma cuadrada, de cien pies de lado, tiene en su centro un árbol dispuesto al modo de una cruz de san Andrés y una inscripción *savina*. Esta planta, un arbusto, fue elegida presumiblemente por su color rojo que simbolizaría la sangre y la Pasión de Cristo. El elemento central marca el punto donde se cruzan las coordenadas espacio-temporales que compartimentan el espacio creando cuatro senderos y cuatro parcelas en donde se deben plantar flores: rosas con las que se realizan las coronas, recompensa de los santos y los mártires; lirios que aluden a la castidad virginal; violetas que remiten a la obediencia y a la humildad, ésta última una de las virtudes monásticas más alabada; iris que representan al reino celestial así como aguileñas al amor divino y a los dones del Espíritu Santo; hisopo que purifica a los leprosos y también a los pecadores y la ruda que ahuyenta a las serpientes y al diablo. Este espacio cuadrado que a su vez se divide en otros cuatro espacios marca la reiteración del número cuatro que evoca los cuatro puntos cardinales, las cuatro estaciones del año pero especialmente los cuatro ríos del paraíso terrestre evocado en el Génesis y los cuatro Vivientes de la visión de Ezequiel retomados luego en el texto apocalíptico.

El plano, pues, como vemos aporta un modelo para optimizar las diversas áreas en relación con los intereses del cenobio, aquí puntualmente el huerto (*hortulus*), el vergel (*pomarius*), el jardín medicinal (*herbolarius*) y un modelo arquitectónico que busca la perfección, el jardín del claustro, el jardín del alma. Aislado del mundo, alejado de las

¹¹ Cf. op. cit. Beck, Bernard, p. 380.

¹² “Omnibus ad scm turbis patet haec via templum qua sua vota ferant unde hilares redeant.” Citado en: op. cit. Braunfels, Wolfgang, p.68.

¹³ “exitus et introitus ante claustum ad conloquendum cum hostibus et ad mandatum faciendum”. Citado en: Ibídem, pp. 63-64.

tentaciones terrenales, inmerso en un apacible silencio, el monasterio todo es un espacio de clausura. En él, el trabajo de la tierra responde a una necesidad material pero también a un anhelo espiritual. El monje es un hortelano y un jardinero que trabaja la tierra y cosecha los frutos, que atiende al autoabastecimiento alimenticio y medicinal. Pero también es aquel que debe cultivar la obediencia y la disciplina, la meditación y la oración. Este espacio claustral, el monasterio, es para la cosmovisión medieval la proyección del Paraíso y el jardín en particular, donde los hermanos desarrollan su labor, un espacio que recrea las condiciones pre-adámicas. El monje se siente un nuevo Adán en un nuevo Paraíso, un Paraíso terreno sin la mancha del pecado. Pero también un nuevo Cristo. Rábano Mauro comentando el Génesis y el *Cantar de los Cantares* asocia la palabra *hortus* con la palabra *Oriens* y agrega que el Árbol de la Vida en medio del Edén era Cristo, otorgándole así un sentido espiritual al jardín.

Los huertos y los jardines representados en el plano de Saint-Gall reiteran una forma que evoca el Edén bíblico por lo que además de su carácter inspirador tienen un contenido simbólico, son el continente y el contenido en donde el monje medieval cumple con el mandato de Benito *ora y labora*.

Bibliografía

- Aliata, Fernando-Silvestri, Graciela. *El paisaje como cifra de armonía*, Buenos Aires, Ediciones Nueva Visión, 2001.
- Beck, Bernard. "Jardin monastique, jardin mystique. Ordonnance et signification de jardins monastiques médiévaux", *Revue d'histoire de la pharmacie*, 88e, 327, 2000, 377-94.
- Braunfels, Wolfgang. *La arquitectura monacal en Occidente*, Barcelona, Barral Editores, 1975.
- Haudebourg, Marie-Thérèse. *Les jardins du Moyen Âge*, France, Perrin, 2003.
- Heck, Christian. *L'échelle celeste dans l'art du moyen âge*, Paris, Flammarion, 1997.
- Heitz, Carole. "Monastique (architecture)", "Saint-Benoît et l'époque précarolingienne". En: http://www.universalis.fr/encyclopedie/M121191/MONASTIQUE_ARCHITECTURE.htm
- Heitz, C.; Vogler, W.; Heber-Suffrin, F. *Le Rayonnement spirituel et culturel de l'abbaye de Saint-Gall*, Centre de Recherches sur l'Antiquité Tardive et le Haut Moyen Âge, Université de Paris X-Nanterre, 2000.
- La Regla de San Benito*, Madrid, Gredos, 2000.
- Lawrence, C. H. *El monacato medieval. Formas de vida religiosa en Europa occidental durante la Edad Media*, Madrid, Gredos, 1999.
- V. V. A. A. *Sur la terre comme au ciel. Jardins d'Occident à la fin du Moyen Âge*, Paris, Éditions de la Réunion des Musées Nationaux, 2002.

